

## Capítulo 5

### Lenguas prerromanas del País Vasco

*José María Vallejo Ruiz*

*Universidad del País Vasco*

A los que estamos acostumbrados a convivir con el euskera en sus múltiples manifestaciones actuales no nos cuesta trabajo pensar en él en términos de "lengua prerromana", porque intuimos su antigüedad y su aislamiento genético con respecto a las lenguas de su entorno. Esta condición de lengua superviviente de varios procesos de conquista la hace especialmente valiosa en la búsqueda de otras lenguas que convivieron con ella en la Antigüedad y que no han sobrevivido, y puede servirnos como un abuelo que nos contara hazañas de su infancia y de la de sus amigos. Hemos sido capaces de dibujar sus fronteras, que han llegado a abarcar hace mil años zonas de Burgos y La Rioja y, por el este, una parte de Aragón y, seguramente, algunas regiones orientales del Pirineo. Al mismo tiempo, hemos visto con preocupación el retroceso que ha sufrido hasta quedar reducida a unos límites geográficos mínimos. Pero si bien es verdad que podemos rastrear la historia de la lengua vasca y retrotraerla hasta los lejanos siglos X u XI a través de las glosas, la toponimia, la onomástica personal o las noticias indirectas, la búsqueda de huellas anteriores nos sume en un mar de dificultades.

Con excepción de los datos conocidos desde época medieval, poco sabemos de su extensión y límites en los tiempos en que los romanos ensanchaban su Imperio por Europa en los años cercanos al cambio de era. La situación no es mejor si lo que tomamos en consideración son los testimonios de otras lenguas vecinas distintas del latín. Pero la escasez de indicios antiguos sobre

las lenguas del País Vasco no debe desanimarnos de presentar con garantías un panorama de lo que conocemos con más seguridad. Para ello, hemos decidido efectuar un somero recorrido por la historiografía, de especial interés para comprender algunos aspectos más controvertidos. En primer lugar, debemos llamar la atención sobre las dos teorías radicalmente opuestas que hasta principios del siglo XIX habían recibido consideración por parte de los estudiosos: la que defendía que la lengua vasca había ocupado toda la península como única lengua (idea abanderada en el siglo XVI por Andrés de Poza o Esteban de Garibay) y la que postulaba que su núcleo originario era la región de los vascones (aproximadamente la actual Navarra), y que, por tanto, era de reciente implantación en el País Vasco actual, tanto en la parte española como francesa (sostenida en el siglo XVII por Oihenart). Ambas corrientes comportaban problemas de difícil solución, puesto que los defensores de una unidad lingüística vasca peninsular en época prerromana debían explicar la variedad de lenguas y pueblos de que nos informaban las fuentes clásicas, y los que sostenían que el núcleo originario vasco había sido el territorio vascón no podían dar luz sobre la aparición de elementos vascos en las actuales provincias de Álava, Vizcaya o Guipúzcoa, a no ser en clave de invasiones medievales. Cuando en los primeros años del siglo XIX Humboldt comenzó a trabajar sobre la lengua vasca, dividió la península Ibérica, casi sin pretenderlo, en dos áreas lingüísticas (noroccidental y suroriental) en virtud de la aparición en la primera de topónimos con *-briga*, prueba de la presencia de celtas (y, por extensión, de indoeuropeos). En estos términos, el territorio comprendido por las comunidades autónomas de Euskadi y Navarra quedaba fuera del área de nombres en *-briga*, al menos si tenemos en cuenta que los últimos topónimos con este formante son, de oeste a este, *Flaviobriga* (Castro Urdiales, Santander) y *Deobriga* (de dudosa identificación con Arce Mirapérez, en Miranda de Ebro, Burgos).

Pero, si bien es cierto que a Humboldt le debemos una primera división bastante acertada de Hispania por aplicación de evidencias lingüísticas sistemáticas, no es menos cierto que tanto él como algunos de sus seguidores (entre los que se encuentran Hübner o Schuchardt) vinieron a establecer bases poco fundadas que consideraban el vasco actual y el ibero antiguo como la misma lengua. En cierta medida, Humboldt se había dejado seducir

por los topónimos del tipo *Iliberris* (en Gerona y Granada) o *Ilumberris* (en Navarra), que presentaban cierto parecido con los términos vascos *iri* 'ciudad' y *berri* 'nueva'. Contribuyó a la identificación entre lenguas el hecho de que la escritura ibérica no estuviera aún descifrada y sus textos no se pudieran leer correctamente, con lo que se mezclaba el material ibérico y el celtibérico, que yacían bajo un único sistema gráfico. Posteriormente, esta teoría vasco-iberista fue elevada por Schuchardt a la categoría de dogma al analizar a la luz del vasco actual los nombres del *Bronce de Ascoli*, descubierto en Roma en 1908; este documento epigráfico contiene 50 nombres personales en el acta de un consejo de guerra celebrado en los alrededores de Roma en 90 a.C., por el que se concedía la ciudadanía a 30 caballeros hispanos de la *Turma Salluitana* (procedente de *Salluie* o *Salduie*, la actual Zaragoza). Como ya había sucedido con Humboldt en el terreno de la toponimia, Schuchardt se vio fascinado por el parecido de algunos nombres que contenían el elemento *Beles* (*Bennabels*, *Vmarbeles* en el Bronce, o *Adabels* e *Iscerbeles* en monedas) con el vasco *beltz* 'negro' y el aquitano *Belex* o *Belexconis*.

A finales de ese mismo siglo, Luchaire consiguió exponer el problema en otros términos, teniendo en cuenta el estudio más sistemático del material epigráfico del sur de Aquitania; se percató de que ciertos nombres transmitidos en epígrafes latinos contenían elementos relacionables con lo vasco. Uno de estos campos semánticos claramente identificable era el que aludía a designaciones individuales o de parentesco: *Cison*, *Andere*, *Seni-*, *Sembe-*, *Nescato*, *Attaco*, *Hanna-* podían ser interpretados como *gizon* 'varón', *andere* 'mujer', *sebi* 'niño o criado', *seme* 'hijo', *neskato* 'muchacha', *aita* 'padre', o *anaia* 'hermano'. Entre los nombres de animales podíamos aislar *Hars* (*hartz* 'oso'), *Asto* (*asto* 'burro') u *Oxson* (*otso* 'lobo'). Otros hacían probablemente referencia a colores (*Gorri* 'rojo' o *Belex*, *beltz* 'negro') y no faltaban los susceptibles de ser relacionados con nombres de árboles (*Artabe*, *arte* 'encina' o *Arixo*, *haritz* 'roble'). Entre las características fonéticas compartidas destacaban la ausencia de /v/ o de /f/ y el rechazo de /r-/ inicial. A pesar de que Luchaire extendió la presencia vasca al sur de Francia en época romana, la herencia que recibió de sus predecesores estaba clara: entre sus convicciones no estaba que vasco e ibero no fueran la misma lengua.

El primer gran revés que recibió la teoría vasco-iberista vino de la mano de Gómez Moreno, al descifrar la escritura ibérica y demostrar que, a la luz del vasco actual, era imposible entender nada de los textos ibéricos. El estudio más pausado del material (tanto literario como epigráfico) condujo a Caro Baroja o a Bähr a conclusiones similares: era sumamente difícil seguir manteniendo la equiparación entre vasco e ibero.

El posterior análisis de los nombres aquitanos por parte de Lafon, Michelena y, más recientemente, Gorrochategui ha servido para entender la onomástica aquitana como un conjunto propio desde un punto de vista fonético y morfológico, irreconciliable con el ibero por cuanto que el aquitano presentaba fonemas aspirados y africados que no se hallaban en las lenguas vecinas (ibero o celta). Indirectamente, la presencia antigua de nombres con apariencia vasca en el suroeste galo nos trasladaba la cuestión a otros términos: ya no era necesario pensar si se trataba de una lengua antigua en Francia, sino de establecer la región que ocupaba al sur de los Pirineos. Algunas voces, como la del propio Gómez Moreno o la de Sánchez Albornoz, negaron incluso que en el territorio de várdulos y caristios hubiera testimonios éuscaros en la Antigüedad, y llegaron al convencimiento de que se había hablado una lengua indoeuropea, con lo que quedaba el vasco reducido al territorio de los vascones. Las dificultades que conllevaba esta afirmación eran las mismas que anteriormente hemos expuesto en términos de entender la presencia vasca en Euskadi como movimientos medievales de población (quizá visigodos), y dado que en el siglo X el vasco estaba atestiguado en regiones castellanas como Burgos o La Rioja (J. B. MERINO, 1962), la solución no era, en ningún caso, evidente.

Ante esta situación de atasco, es preciso agrupar los testimonios con que contamos para valorar en su justa medida qué lenguas se hablaban en la Antigüedad, y qué región geográfica les correspondía. Pero para llevar a cabo esa labor no podemos acudir a textos escritos de mano de indígenas, porque, simplemente, no existen. Nuestra región, al igual que una buena parte de la península Ibérica, es ágrafa, es decir, sus habitantes no escribieron en su propia lengua, y únicamente pudieron valerse de la escritura cuando conocieron el latín. Los únicos documentos que hallamos en lengua indígena pertenecen al territorio de los vascones y

están escritos en ibero (mosaico de Andelos o Bronce de Aranguren) y celtibérico (téseas de Viana); ello nos demuestra simplemente la presencia de individuos o comunidades procedentes de otras áreas y da idea del grado de contacto que mantuvo esta región con otras poblaciones. Por lo tanto, para el análisis, únicamente podemos valernos de documentos indirectos, escritos en otra lengua, que transmiten elementos (como nombres propios) pertenecientes a las habladas aquí.

1. La toponimia. Como ya hemos señalado, la línea de los topónimos en *-briga* termina bruscamente al penetrar en el País Vasco; al concederle un margen de acomodación, una pequeña variación de esa frontera sobre el mapa (o en la cronología que apliquemos) podría proporcionar un resultado que invalidara el análisis en un territorio tan pequeño como el de várdulos y caristios. Prueba de esta dificultad es que algunos nombres de asentamientos antiguos transmitidos hasta nuestros días inducían a pensar en una presencia mayoritariamente indoeuropea, sin que fueran posibles más precisiones: entre los várdulos teníamos ciudades como *Segontia Paramica*, *Tritium*, *Gebala*, *Alba* o *Tullonium*. Entre los caristios, *Veleia*, *Suestatium*, *Tullica* y los ríos *Deva* y *Nerva* (Nervión). Quizá en el caso de *Segontia* o *Deva* podamos encontrarnos ante formas celtas, pero *Paramica* no puede recibir la misma consideración al contener una *p*- en posición inicial, fonema que las lenguas celtas han perdido; el resto no son nombres transparentes al análisis. Sólo algunos nombres ajenos a várdulos y caristios como *Oiasso* (Oyarzun, aunque identificado con Irún), *Calagurris* (Calahorra), *Iturissa / Turissa* (Espinal, Navarra), *Pompaelo* (Pamplona), *Ilumberritani* (etnónimo cuyo heredero fonético es Lumbier, Navarra) y quizá *Andelos* (Muruzábal de Andiñ, Navarra) o el elemento *Barca* de *Vxama Barca* permitían conjeturar un origen vasco. No obstante, falta por hacer un estudio en profundidad sobre aquellos nombres que, sin poseer etimología vasca, han podido sufrir procesos fonéticos exclusivos de esta lengua (sonorización inicial como *Girku* < *circu*, esp. *cerco*, o *Guetaria*, *Guéthary* < *cetaria* 'lugar de conservación del pescado'; falta de sonorización intervocálica como el mismo *Guetaria*, o *Luku* si proviene de *lucus*; paso de *-l*- intervocálica a *-r-*, como en *Guevara* < *Gebala*). Estas evoluciones delatarían la presencia de gentes de habla vasca que, adoptando términos de otras lenguas, habrían dejado impresos aspectos

tos de la evolución de la suya propia. En el estudio de estas formas, es necesario tratar los nombres con suma precaución: es fundamental que los topónimos no existan como términos de léxico común, dado que una vez que el vocablo circula en la lengua, puede trasladarse a cualquier rincón del dominio lingüístico, sin que el análisis sirva de mucho; compárese la presencia del elemento *pago* 'haya' (< lat. *fagus*) en topónimos vascos, lo cual no implica una presencia antigua de gentes de habla vasca, puesto que el nombre, una vez en el caudal léxico, puede aplicarse en cualquier lugar (cf. J. GORROCHATAGUI, 2002).

2. Las antiguas monedas de "tipo vascón" del alto Aragón, de iconografía similar a las celtibéricas, no son lingüísticamente asimilables ni a lo ibero ni a lo celtibérico; sin embargo, siguen siendo opacas al análisis lingüístico: *bolskan* (Huesca), *iaka* (Jaca), y otras como *olkairun*, *arsaos*, *bentian*, *ontikes*, *sesars*, *tirsos* y *uYanbaate* no sirven para ningún tipo de análisis fiable sino por exclusión: sus elementos no parecen iberos ni celtibéricos, pero en ellos no puede tampoco verse presencia segura de elementos vascos. *Segia* (Ejea de los Caballeros, Zaragoza), cuya adscripción ibera o vasca varió con el paso del tiempo, parece tener una etimología celta, a partir de \**sego-* 'victoria'. Como ejemplo de nombre sobre el que se ha escrito mucho, tenemos *baskunes*, próximo a Pamplona, identificado largo tiempo con el etnónimo *vascones*, que parece de formación más bien indoeuropea, relacionada según A. Tovar (1987) con \**bbers-* 'alto'. Sin embargo, las variantes de lectura *barskunes* hacen sospechar a J. de Hoz (1995) que nos encontremos ante una forma originaria \**braskunes*, imposible de reducir a la estructura silábica del vasco.

3. Onomástica personal. Ya M. Gómez Moreno (1949: 236) se percató de que los antropónimos atestiguados en el País Vasco y Navarra eran predominantemente indoeuropeos, relacionables con otros ámbitos lingüísticos de Hispania. Los estudios que, desde mediados del siglo XX se han venido desarrollando sobre la antroponimia peninsular han venido a confirmar esta primera apreciación de Gómez Moreno. En realidad, en la provincia de Vizcaya no hay nombres indígenas de lectura segura; en la Guipúzcoa no vasca no hay inscripciones. En Álava (*Ambatus*, *Araus*, *Reburrus*, *Segontius* o *Turaesamus*) y en Navarra (*Ambatus*, *Ana*, *Aunia*, *Betunus*, *Calaetus*, *Celtius*, *Coemia*, *Doiterus*, *Se-*

*gontius* o *Viriatus*) el fondo indoeuropeo de los nombres presenta variantes claramente relacionadas. Al igual que lo sucedido con los topónimos, las formas no permiten un análisis más minucioso; la mayoría de los nombres son de extensión común a grandes regiones de la Península, sin que la celtidad quede patente en ninguno de ellos. Es más, a excepción de *Coemia* o *Segontius*, no son nombres frecuentes en la vecina Celtiberia (J. M.<sup>a</sup> VALLEJO, 2005). Por otro lado, también existían formas que se dejaban analizar como iberas, como los individuos segienses (de *Segia*, Ejea de los Caballeros) del Bronce de Ascoli (*Sosinaden*, *Sosimilus*, *Umargibas...*), *Turciradin* (Sádaba, Zaragoza) o *Geseladion* (Javier, Navarra), entre otros.

Sin embargo, en 1960 se descubrió una estela en Lerga (Navarra) cuyos nombres fueron rápidamente interpretados por Mixtelena como vascos, con paralelos totales o parciales al norte de los Pirineos, en territorio aquitano. Así, *Narhungesi* es comparable a aquitano *Narbonsus* y a *Naru(ns)eni* de Sofuentes, y *Vmme-sabar* podría ser una combinación de *ume* 'criatura' + *zabar* 'viejo'. En otros ejemplos vemos también la presencia de elementos asimilables a términos vascos, como *Beltesonis* de Oyarzun y *Lutbelscottio* y *Luntbelsar* de San Román (VI) con *beltz* 'negro', o *Illuna* de Iruña (VI) con *ilun* 'oscuro'. Algunos recuerdan términos de parentesco como *Attasis* de Yanguas (en la provincia de Soria) o *Attaesoni* de Puebla de Castro (en la provincia de Huesca), comparables con *aita* 'padre' (M.<sup>a</sup> L. ALBERTOS, 1972). En *Se-senco* (Villar del Río, Soria) vemos el nombre del 'toro' (*zezen*), junto al emblema de un bóvido como elemento funerario. En otros, la alternancia del sufijo recuerda a lo aquitano en cuanto a la división de géneros: *Antestia Onse* de Navabellida de Oncala (Soria), frente a *Aemilius Onso* de El Collado (Soria). No en todos los casos tenemos la ayuda de la etimología (*Asterdumari* de Puebla de Castro, Huesca, o *Lesuridantaris* de Munilla, Logroño), pero los nombres vascos, al igual que los aquitanos del norte de los Pirineos, presentan frecuentemente aspiradas: *Abisunbari* (Lerga, Navarra) paralelo de *Abisunsonis* (Izcue, Navarra), *Arf-lthar* El Collado (Soria), *D[-]sanharis* de Sofuentes (Zaragoza), *Serhuboris* (Valpalmas) o *[-]jeibar* (en la *Turma Salluitana*). Otra característica propia de los nombres vasco-aquitano es la presencia de sibilantes africadas *s/x/ss/ts/ds*: *Oandissen[-]* de Valloria (Soria) y el dudoso *Edsuri* de Igúzquiza (Navarra). Ambos fenóme-

nos nos hablan de presencia vasca incluso cuando los nombres no son de tal origen; de esta forma se explica la alteración de los antropónimos ibéricos en zona vascona como *Or(d)junetsi* de Muez (Navarra) o *Vrchatetelli* de Muruzábal de Andiön (Navarra).

Recientemente, J. Gorrochategui (1993) ha propuesto también la reinterpretación de algunos segienses de la *Turma Salluitana* como *Enneges* (según el vasco medieval *Enneko*) o *Agirnes* (cf. *Agirseni* de Vizmanos, Soria).

4. Nombres de divinidades. No se documentan teónimos indígenas indoeuropeos, a excepción de *Peremusta* de Eslava (Navarra), que no parece responder a una capa celta por su *p*- inicial. En cuanto a los vascos, se observan las mismas características fonéticas o de derivación apreciadas en los antropónimos. Especialmente frecuente es la forma *Losae* / *Loxae* (Cirauqui, Lerate y Arguiñániz, Navarra) o *Larabe* / *Larrabi* (Guesálaz y Mendigorriá, Navarra). Otras formas con sibilantes africadas denotan la presencia de gentes vascas: *Errensae* (Andiön, Navarra), *Itsacurrinne* (Izcue, Navarra), *Selatse* (¿o *Stelaitse*? Barbarin, Navarra) y *Helasse* (Miñano, VI). La forma atestiguada más al occidente, la vizcaína *IVILLAE* de Forua parece que haya de leerse *TUTELAE*, por lo que debe quedar fuera de nuestra consideración.

Resumiendo, y en vista de los datos de que disponemos a día de hoy, podemos hablar de una mayoritaria presencia de bases indoeuropeas (seguramente no todas celtas), junto a las que se documenta un cierto número de elementos vascos cada vez mejor identificados. De esta manera, la existencia asegurada a ambos lados de los Pirineos pone en su justa medida geográfica al vasco en la época prerromana; en España, hemos hallado testimonios en toda Navarra, en la región zaragozana de las Cinco Villas, en el oriente alavés y en las provincias de La Rioja y Soria por la cuenca del río Cidacos y tierra de Yanguas. Sin embargo, la presencia en Vizcaya y en la Guipúzcoa no vascona no está atestiguada. Este vacío documental contrasta con el ubicuo testimonio de elementos indoeuropeos, especialmente frecuentes en la toponimia y la antroponimia: sin embargo, el poblamiento celtibérico al sur del Ebro no parece estar ligado a una presencia de celtas al norte de este río, aunque la existencia de algunos grupos más celtizados tampoco parece imposible.

La impresión que se obtiene de los datos es más bien la de que el País Vasco y Navarra constituyen una zona de mezcla de distintos elementos o influencias. El área del País Vasco (várdulos y caristios) parece contener una mayoría de población indoeuropeizada (al menos, no hemos sido capaces de localizar testimonios vascos excepto en zonas del sur de Álava). Esta población, por los datos que podemos obtener de su onomástica, no parece diferenciarse mucho de los habitantes de la zona cántabro-astur (M.<sup>a</sup> L. ALBERTOS, 1987), y tiene cierta continuidad por otras regiones de la Península como el valle del Duero o Lusitania, pero queda, en cierta medida, aislada de la Celtiberia más nuclear.

La vascona, también con presencia indoeuropea, es un área sometida a la doble presión ibérica y celtibérica y, con toda seguridad, sus fronteras étnicas se vieron sucesivamente alteradas con el tiempo. Es nuestra pericia en establecer bien los distintos cortes cronológicos la que nos proporcionará los instrumentos para identificar y analizar correctamente los nuevos materiales.